

JESUCRISTO, ROSTRO DE DIOS

MIGUEL ÁNGEL MIÑAMBRES ÁLVAREZ, OSA

I. JESUCRISTO: PREGUNTA Y RESPUESTA...

«Quién dice la gente que soy yo» (Mc 8, 27)

A lo largo de los siglos, millones y millones de personas han querido responder esta pregunta que Jesús hace a sus discípulos: « ¿Quién dice la gente que soy yo?» (Mc 8,27). Y, hoy como ayer, muchas han sido las respuestas dadas: unos que Juan el Bautista, otros que Elías o uno de los profetas, un maestro de vida moral, un romántico, un revolucionario, un político, un genio, un superfilósofo... Las imágenes de Jesús se suceden proyectando sobre Él nuestras inquietudes, nuestros pensamientos y nuestras vidas, pero ¿quién es realmente Jesús de Nazaret? Es necesario conocer a Jesucristo si queremos vivir con autenticidad nuestro cristianismo porque Él es el fundamento de nuestra fe.

Jesucristo es admirado por todos. No deja indiferente a nadie que se acerca a Él. Incluso aquellos que han afirmado rotundamente su increencia o su ateísmo y también importantes representantes de otras religiones, han sentido la fascinación por la persona de Jesús de Nazaret. El teatro, el cine, la literatura, la música y el arte han ofrecido su particular visión de Jesucristo. Los nuevos movimientos religiosos (como la New Age) también centran sus doctrinas en su figura. Sin embargo, esta pluralidad de acercamientos ha provocado visiones distorsionadas de la persona de Jesucristo. Nuestro objetivo será rescatar, en la medida de las posibilidades, la auténtica figura de Jesús: su mensaje, su vida y su historia.

La tarea del cristiano, por tanto -nuestra tarea-, será dar respuesta a la pregunta de Jesús. No podemos contentarnos con respuestas facilonas ni con estereotipos hechos. La respuesta a esa pregunta será desde el mismo Jesús, dejándole hablar a Él y permitiendo que interrogue nuestra vida. Jesús te pregunta ahora a ti directamente: «¿Quién dices tú que soy yo? ¿Quién soy para ti?»

«Tú eres el Cristo» (Mc 8, 29)

Por eso Jesús no se contenta con lo que la gente dice de Él. Va más allá. Intenta sacar lo mejor de nosotros por la sencilla razón de que sólo así podremos ser felices. Y ahí está la respuesta de Pedro: «Tú eres el Cristo». Dice el cardenal W. Kasper que la profesión de Pedro, «Jesús es el Cristo, representa el resumen de la fe cristiana, no siendo la cristología otra cosa que la concienzuda exposición de esta profesión» (Jesús, el Cristo, p. 40). ¿Qué significa que Jesús es el Cristo, el Mesías, el

Hijo de Dios? ¿Qué repercusiones tienen estas afirmaciones en nuestra vida?

¿Cuál habría sido nuestra respuesta? ¿Cuál es nuestra respuesta actual? ¿Quién es para mí Jesús cuando soy mirado y preguntado por Él?

II. LA HISTORIA DE JESÚS DE NAZARET

DATOS SOBRE JESÚS

Vamos a desentrañar algunos de los datos de la vida de Jesús de Nazaret. Al igual que en la vida de otros muchos personajes históricos antiguos, los investigadores llegan a unas conclusiones en las que se encuentran más o menos de acuerdo. También existen, como es lógico, datos y puntos que son más oscuros y, por consiguiente, más discutidos.

Durante algún tiempo se intentó demostrar que Jesús no existió y que su historia era un mito y una leyenda. Sin embargo, pronto se evidenció la falsedad de estas afirmaciones. No se puede dudar razonablemente de la existencia histórica de Jesús. Y de ello no sólo dan cuenta los evangelios, sino que encontramos documentos y testimonios no bíblicos de la existencia de Jesús de Nazaret (Suetonio, Plinio, Flavio Josefo, Tácito, entre otros).

¿Cuál es el enclave histórico de Jesús de Nazaret? Con toda seguridad podemos partir de que Jesús nació en tiempo del emperador Augusto (63 a. C. - 14 d.C.) (cf. Lc 2,1), que actuó bajo el régimen del emperador Tiberio (14-37), que Herodes, al que llama zorro (Lc 13,32), era tetrarca de Galilea (4 a.C-39 d. C.) (Cf. Lc 3, 1) y que murió bajo el procurador Poncio Pilato (Mc 15,1). Desde estos datos podemos situar su nacimiento en Belén o en Nazaret alrededor del año 6 antes de Cristo (aunque parezca una paradoja), pero nunca en el año cero. En la antigüedad, la fecha del nacimiento no tenía la importancia que para nosotros puede tener hoy. Es muy probable que ni el mismo Jesús supiese la fecha de su nacimiento. Otro dato es su nacimiento de María de una forma extraordinaria.

Un segundo dato de su vida es haber sido discípulo de Juan el Bautista. El bautismo de Jesús por Juan nos da a entender que fue discípulo suyo, ya que el maestro es el que bautiza a sus discípulos. Y durante esta etapa Jesús va descubriendo su futuro. Es aquí donde Jesús comienza a responder a las preguntas esenciales que todo hombre se hace: ¿quién soy yo? ¿Qué voy a hacer con mi vida? ¿Qué quiere Dios de mi vida? Y a la hora de responder a estas cuestiones, Jesús se separa de

Juan el Bautista. La predicación de Jesús a partir de ahora será diferente a la de Juan el Bautista.

Un tercer dato es la centralidad de la predicación del Reino. Aquí existe una clara diferencia entre Jesús y Juan. Si para Juan Bautista la llegada próxima del Reino de Dios implicaba juicio amenazador («la ira de Dios está cerca»), con Jesús significa ofrecimiento de salvación («el reino de Dios está a punto de llegar»). Jesús centra el concepto de Reino de Dios en mensaje de alegría y en anuncio salvador universal. La esperanza primera del pueblo de Israel se la apropia Jesús: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia el mensaje de salvación (Lc 7,22ss; Mt 1,5ss). Esta predicación tan personal hizo que muchos se escandalizarán e incluso hizo dudar al mismo Juan el Bautista (Mt 11, 2).

Además, se puede constatar que de la oscuridad de la historia se destacan, con relativa nitidez, los rasgos característicos de actuación y predicación de Jesús. Se muestra en Jesús una personalidad de incomparable atractivo y originalidad. A pesar de los datos con que contamos, es imposible hacer una biografía de Jesús.

EL ANUNCIO DEL REINO

En tiempos de Jesús se aguardaban distintas cosas cuando se hablaba de Reino de Dios: los fariseos ponían el centro en el cumplimiento perfecto de la Torá (la Ley); los zelotes lo entendían como una teocracia política que debía ser impuesta por las armas; los apocalípticos esperaban la llegada del nuevo eón, del nuevo cielo y la nueva tierra. El Reino de Dios predicado por Jesús no se cierra ni concreta en ningún grupo de estos. Su lenguaje es más abierto y novedoso.

El Reino de Dios predicado por Jesús ha de ser entendido en el horizonte de la pregunta de la humanidad por la paz, la libertad, la justicia y la vida. Para entender mejor dicha expresión no podemos desligarla de la concepción común de la Biblia, en la cual el hombre por sí mismo, por sus solas fuerzas, no posee la justicia, la libertad, la paz y la vida. El hombre se encuentra perdido y esclavizado. En dicha situación es necesario un comienzo nuevo que sólo Dios puede dar, como Señor de la vida y de la historia. Esto nuevo, y que no se ha tenido hasta ahora y que sólo Dios puede dar y es Él mismo, es lo que se encierra en el concepto de Reino de Dios.

¿Qué el Reino de Dios? El Reino de Dios es Dios mismo. El genitivo de Dios explica el Reino. Cuando decimos «la sabia de Francisca» o «el despistado de mi amigo», no estamos diciendo que Francisca tenga una mujer sabia, ni que mi amigo tenga un despistado en casa, sino que Francisca es una lagarta y mi amigo un despiadado.

El contenido y el origen del Reino de Dios es Dios mismo. Es don de Dios (Mt 21, 34; Lc 12, 32) y

herencia de Dios (Mt 25,34) y, por consiguiente, no puede merecerse por esfuerzo religioso-ético, por la lucha política o predecir su llegada. «Reino es lo que acontece en Jesús y con Jesús; lo que Dios realiza por medio de Jesús» (O. González de Cardedal). Sin embargo, que el reino de Dios no lo podamos construir ni merecerlo por nuestro esfuerzo, no quiere decir que el hombre no deba colaborar dinámicamente, a través de la conversión y de la fe (Mc 1,15, y par). Fe que significa aceptación de nuestras limitaciones, reconocimiento de que el hombre no se puede dar a sí mismo la salvación. El que no espera nada de sí es capaz de esperar todo de Dios (esta es la experiencia del pobre, del que nada tiene). Fe es basar la existencia de Dios, dejarle actuar, dejarle ser Dios y tributarle honor reconociendo su señorío.

El Reino de Dios tiene unas características bien concretas. La primera de ellas es la vinculación del Reino de Dios a la persona de Jesús. Por lo tanto, la aceptación del Reino de Dios se vincula a la aceptación de la predicación de Jesús. De aquí que los judíos reiteradamente le pregunten por la legitimidad de su enseñanza: «Tú, ¿con qué autoridad haces eso?» (Mt 21, 23-27).

Una segunda característica del Reino de Dios en su universalidad. El Reino de Dios viene para todos y llega desde la gratuidad.

La tercera característica, que va unida a la anterior, es que el Reino de Dios tiene como primeros destinatarios a los pobres. Pobres son aquellos que no tienen nada, los enfermos, los marginados, los excluidos por la sociedad, las viudas, los huérfanos menores de doce años, las prostitutas, los publicanos.

LOS SIGNOS DE LA ANTICIPACIÓN DEL REINO DE DIOS

Jesús obra de palabra y con la acción. Jesús hace y enseña (Hch 1, 1). Predica el Reino de Dios (enseña) y realiza milagros (hace).

Los milagros de Jesús

Si queremos hablar de Jesús es imposible no hablar de los milagros, ya que se encuentra en la tradición más antigua de los evangelios. En una sociedad tan científica y técnica como la nuestra, en la que parece contar únicamente aquello que se puede tocar y probar, no podemos negar la dificultad de abordar este tema.

Ningún estudioso actual pone en duda que Jesús realizó acciones que se entendieron por sus contemporáneos como milagros. Jesús no hace milagros para manifestar su divinidad (demostrar su ser Dios o su poder), sino que éstos son signos de la presencia del Reino de Dios y forman parte de la misión de Jesús.

El Reino de Dios es inseparable de los milagros, ya que éstos muestran la potencia inherente al Reino

como realidad ya operante. Esta realidad se observa en dos momentos del milagro: 1° El carácter dinámico y actualizador del Reino y, por consiguiente, el otorgamiento a los hombres de su realidad salvífica (salud, perdón, libertad); 2° Momento de credibilidad o acreditación de Jesús como profeta y revelador de Dios. El milagro debe llevar a la fe, es decir, provocar la pregunta: « ¿Quién es éste?» (Mc 1, 27 y par.; 4, 41 y par.; Mt 12, 23).

Entre los milagros de Jesús encontramos los exorcismos, a través de los cuales Jesús manifiesta la venida del Reino de Dios y el final del poder del mal y de los espíritus inmundos, y las curaciones que forman parte de la revelación que anticipa el Reino de Dios. Las curaciones se experimentan en la fe. Esa fe marca el ser de Jesús. Se invita a los hombres a participar en la fe de Jesús, para tener acceso a la acción del Dios que sale al encuentro del hombre en Jesús y al Reino presente en los actos de Jesús. Las curaciones presentan a Jesús como el hombre para los otros. Es importante recordar que a Jesús no le interesa un mundo mejor, sino un mundo nuevo, una humanidad nueva.

Las parábolas de Jesús

Jesús enseña a través de parábolas. Jesús proclama el reino de Dios en parábolas. El mensaje de las parábolas es la presentación de Jesús de la bondad, la gracia, la libertad y la misericordia de Dios para con el hombre, a las cuales éste puede responder, pero no utilizar. En el centro de las parábolas se encuentra siempre Dios, que acoge, perdona, busca, ama, corrige. En la parábola se unen la dimensión teológica y la cristológica. Jesús actúa así, porque así actúa Dios. Sólo pasando por Jesús, el único revelador absoluto, podremos conocer la voluntad de Dios y sólo observando cómo vive Jesús podremos saber quién es Dios y qué espera de nosotros.

LA ACTUACIÓN DE JESÚS

Jesús y la Ley

Es claro que Jesús se enfrenta a la Ley. Jesús no va sólo contra el legalismo, los preceptos culturales que sofocan los morales, ni contra la ley divina adulterada por costumbres humanas. Jesús, más bien, relativiza (desautoriza) la ley en cuanto a su autoridad, su contenido y su presunto carácter salvador. Jesús camina en otra dirección: la de la gracia y el amor. En definitiva su propio camino.

Jesús no cambia unas normas de conducta por otras más amplias o sofisticadas. Jesús, ya lo hemos apuntado al principio, no es el promotor de una nueva ética o un moralista. La libertad que Jesús proclama y practica es verdadera libertad. No es la libertad del egoísmo, sino la libertad del ágape, caridad, amor. La única exigencia es el amor y el amor no es sino la más profunda verdad del hombre en cuanto a su ser.

Lo que Jesús realiza con la Ley viene perfectamente recogido en el famoso aforismo de san Agustín: «Ama y haz lo que quieras». El primer imperativo del hombre es el amor y podría equivaler a esta otra frase: No digas que amas para poder hacer lo que quieras. El que ama vive en la auténtica libertad y su vida está ordenada. Ha sabido dar valor a aquello que realmente tiene valor. Como de nuevo repite san Agustín: «la medida del amor es amar sin medida. Pon amor en las cosas y éstas tendrán sentido; retírales el amor y se tornarán vacías». La llamada de Jesús es a seguirle a Él, no a una Ley que no puede salvar. Aquí está encerrada la perfección a la que nos llama: seguirle a Él, porque Él es el Salvador.

Jesús y el Templo

El Templo distinguía a un judío de un gentil. Además, era el vínculo de unión entre los judíos, ya que todos debían acudir a él. Sorprende, por tanto, la reacción de Jesús frente al Templo. Incluso las autoridades judías se asombran ante su actitud. Los judíos pensaban que Jesús quería destruir el Templo. Es uno de los cargos que aducen en su proceso ante Caifás, y de burla cuando Jesús está crucificado.

Jesús sentía aprecio y respeto por el Templo. Lo llama Casa de Dios (Mt 12,4); Casa de oración (Mt 21, 13) y Casa de mi Padre (Jn 2,16). Con sus padres subía todos los años al Templo de Jerusalén. Jesús se pronuncia contra una religiosidad excluyente y sólo para unos pocos. Recordemos que sólo podían presentar la ofrenda los que fuesen puros y sin defecto físico. El enfermo (el ciego, el paralítico, el leproso...) no podía presentar su ofrenda precisamente por su enfermedad. El enfermo no está bendecido por Dios y, por consiguiente, no es digno de presentar su ofrenda.

Jesús habla de un nuevo Templo, su Cuerpo, la humanidad resucitada y transfigurada. «Cuando resucitó se acordaron los discípulos de lo que había dicho y dieron fe a la Escritura y a estas palabras de Jesús» (Jn 2, 22). En la muerte de Jesús todos los hombres tenemos acceso a Dios Padre, por medio de Jesucristo. La humanidad de Cristo resucitado es el nuevo y definitivo templo de Dios en medio de su pueblo.

Jesús y los pobres

La proximidad de Jesús a los grupos más desfavorecidos -pobres y pecadores- goza de una indiscutible historicidad. Vemos en Jesús un trato preferencial con las personas más indefensas y explotadas de la sociedad: publicanos, prostitutas, samaritanos, leprosos, viudas, niños, ignorantes, gentiles, enfermos en sábado. Los pobres son los destinatarios predilectos a los que se dirige Jesús. Los pobres y los pecadores son evangelizados (Mt 11, 5). Son los que más le necesitan. Normalmente, los pobres y los pecadores coincidían en aquel pueblo; eran los que estaban fuera de la sociedad. El es-

cándalo que produce la relación de Jesús con los publicanos ha de entenderse a partir de esta situación social de desprecio. Jesús los acogía y ellos se convertían a la justicia. Recordemos el texto de Zaqueo (Lc 19,1-10). Son aquellos que no conocían la Ley, pero por ello estaban más receptivos y abiertos a su mensaje. Jesús hace del pobre el centro de su misión.

Los pobres se convierten en criterio de aceptación o repulsa. Según Jesús, para el día del juicio no servirá de nada haber conocido la Ley; haber frecuentado el templo. Ni la posición privilegiada (ser hijo de Abrahán), ni las obras maravillosas (hacer milagros en su nombre), sino darme de comer y de beber, vísteme, visítame... (Mt 25). Por eso el quiera ser mayor en el Reino que se haga como un niño.

¿Qué tienen los pecadores para llamar la atención de Dios? «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos» (Lc 5, 31). Tal vez porque siendo pecadores, y reconociéndose tales, son objeto de la bondad divina. Los que tienen algo en esta vida, como bienes, salud, santidad, ciencia, fama, corren el peligro de encerrarse en sus talentos y en sí mismos. El pobre y el indigente, en cambio, muestran su total dependencia de Dios y de los demás hombres. Está más cercano al anuncio de Jesús y más propicio a abrirse a la aparición de un Salvador. Es una ventaja no tanto ética, cuanto posicional, es decir, de su misma situación objetiva (es el caso del rico Epulón y el pobre Lázaro que leemos en Lc 16,19ss.).

La oración de Jesús: Abba

Jesús era un hombre de oración. Los evangelistas recogen la intensidad y frecuencia de la oración en la vida de Jesús. La intimidad de Jesús con su Padre llama la atención de sus discípulos que le piden que les enseñe a rezar. Y Jesús les dice que cuando se dirijan a Dios lo llamen Padre. Llamar a Dios Padre es algo que Jesús nos enseñó y nos distingue como seguidores suyos. Llamar a Dios Padre implica una determinada manera de ver el mundo, la realidad que nos rodea, los hombres y mujeres que caminan a nuestro lado. Esa mirada es la mirada del amor y la cercanía de Dios para con nosotros. Dios nos ama como el Padre de la parábola del hijo pródigo: un amor que rompe todos los esquemas que los hombres podemos imaginar. Es el amor que ama sin medida, abrazándonos, sin importar lo que hayamos hecho anteriormente.

Jesús se dirige a Dios tratándolo como Padre y no sólo hablando de Dios como Padre (propio del judaísmo). Abba era término que se utilizaba en el lenguaje infantil y que aludía a una familiaridad inaudita hasta entonces. Para el judío de entonces sonaba a blasfemia dirigirse de esa forma a Dios, pero si Jesús se atrevió a hacerlo es porque anunciaba de una manera única la cercanía de Dios. La vida de Jesús nos muestra que nuestra vida ha de ser una vida de cercanía y relación confiada en

Dios, es decir, una vida de fe. Una vida que busca la justicia, la verdad, la paz, la libertad para toda la humanidad. Esto es lo que rezamos en el padrenuestro y lo que pedimos al Padre.

Llamada al seguimiento

En su conducta y predicación, Jesús llama al pueblo a una decisión definitiva. La decisión de acogida del Reino de Dios la vincula a la aceptación de su persona, su palabra y su obra. «El que se avergüence de mí y de mis palabras... de él se avergonzará también el Hijo del hombre... » (Mc 8, 38). Estamos ante una decisión por la cual en Jesús se decide uno con respecto a Dios. Jesús, al contrario que los rabinos de entonces llamó «a los que quiso» (Mc 3,13). Y su llamada, su «Sígueme», no es una propaganda, sino una orden. La meta del discípulo de Jesús, de aquel que ha sido llamado no es la asimilación de tradición sino la participación en la proclamación del Reino de Dios (Mc 1, 17; 3, 14; 6, 7 y par.). Los discípulos de Jesús, el Maestro, participan de la vida de Jesús, de su destino y persona. Es una comunión de vida y destino total.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿Cómo anuncias con tu vida el Reino de Dios (el amor, la misericordia, la justicia, etc.)? ¿Cómo lo haces presente en tu trabajo, en tu familia, con tus amigos?
- Jesús se enfrenta contra realidades caducas y opresoras con su palabra y con su vida. ¿Es éste tu testimonio o, más bien, te dejas llevar por una sociedad donde prima lo superficial sobre la persona?
- Jesús llama a seguirle sin avergonzarse de Él. ¿Cómo vives tu llamada: desde la valentía o desde el miedo?

III. LA MUERTE DE JESÚS

Podemos estudiar la muerte de Jesús desde una doble perspectiva: desde el punto de vista histórico o desde su contenido teológico. El primer aspecto se pregunta por las causas de la muerte de Jesús. El segundo nos interroga sobre por qué Jesús nos salva muriendo. Dos preguntas bien distintas a las que hemos de dar respuesta: ¿porqué le mataron? y ¿porqué murió?

ANTECEDENTES

Crisis de Galilea

La vida de Jesús se desenvuelve en dos polos: la acción en Galilea (predicación del Reino y realización de milagros) y la Pasión en Jerusalén (Pasión y Muerte en cruz). Entre ambos lugares se encuentra el camino de ascenso a Jerusalén. En Galilea se viven dos momentos bien diferenciados: un primer momento de ensalzamiento y fervor de las masas debido a los milagros realizados (se puede obser-

var en el evangelio de Marcos del capítulo 1 al 6). Y un segundo momento de desilusión y distanciamiento. Este segundo momento es lo que se ha llamado como la crisis de Galilea.

Entrada en el templo

Jerusalén era la ciudad donde todo profeta debía acreditar su misión (Lc 13,33). En Pascua, Jesús se dirige hacia esa ciudad y hacia el templo. En el templo realiza la expulsión de los vendedores (Mc 11, 15-17; Mt 21, 12-13; Lc 19, 45-46; Jn 2, 13-19). De esta forma, Jesús se enfrenta al orden religioso anterior. El hecho era más elocuente que muchos discursos.

LA ÚLTIMA CENA

Si por un lado la expulsión de los mercaderes del templo es el gesto simbólico de Cristo frente a todo lo anterior, la Última Cena es el gesto simbólico -en línea con los profetas del AT-, mediante el cual instituye una realidad nueva que surge de su vida de entrega en libertad. La alianza antigua dará paso a la Alianza nueva sellada con la sangre de Cristo como don de su vida para el perdón de los pecados de todos los hombres. A partir de este momento, los gestos serán los protagonistas frente a las palabras. Jesús se confronta con las tradiciones de la historia de la salvación, bien heredándolas o reemplazándolas. Ahora el centro lo ocupan su palabra y su persona.

Marco histórico de la Última Cena

El marco histórico de la Última Cena de Jesús con sus discípulos es la Pascua, donde se recordaba la liberación del pueblo por Dios, se hacía memoria de la alianza, se esperaba al Mesías y la anticipación del Reino esperado. Hay dos realidades de fondo presentes en todos los relatos: la traición de Judas y la cena pascual. Juan y Pablo unen ambas realidades: «El Señor Jesús en la noche en que fue traicionado [...] se entregó» (1Cor 11, 23; Jn 13, 1-2). La Eucaristía es la respuesta a la traición de Judas y a todas las traiciones venideras. A pesar de la traición, Jesús se entrega para siempre por todos.

Todos los sinópticos presentan la Última Cena como cena pascual (Mc 14,12-16 y par.). Como la fiesta se celebraba el 14 de nisán, la ejecución habría sido el 15, el día de Pascua. Sin embargo, Juan no ve en la cena de Jesús una cena pascual. Jesús es crucificado el día 14 (Jn 18, 28; 19, 14), día de preparación de la pascua. La significación de tal hecho vendría dada en razón de que a esa hora en la que Jesús, nuevo cordero pascual, era crucificado, se sacrificaban en el templo los corderos pascuales que eran consumidos en la fiesta de pascua.

Los relatos

Poseemos cuatro relatos de los hechos que acontecieron en la Última Cena. Según los exegetas,

están agrupados por familias: Mt 26,26-29 y Mc 14, 22-25 parecen corresponder originariamente al relato de la pasión y tienen un interés primeramente histórico. Mientras que 1Cor 11, 23-29 y Lc 22, 19-20 parecen tener un origen litúrgico e intencionalidad celebrativa (el relato acompañaría a la celebración eucarística de la Iglesia).

No es posible reconstruir el tenor literal de las palabras de Jesús. La Iglesia ha ido a la intención objetiva de Jesús en la Última Cena, que retiene confiada en la credibilidad de los testigos de origen, la acción del Espíritu y la autoridad de los Apóstoles. «Podemos concluir con toda seguridad que el núcleo común de los relatos nos ha conservado un recuerdo fundamentalmente fidedigno de las palabras de Jesús en la última cena» (J. Jeremías). Por tanto, la Iglesia se refiere a la totalidad del acto realizado por Jesús aquella noche, venerando sus palabras, pero sin aislarlas de los gestos y del incremento de sentido que adquirieron después de su muerte y resurrección. La comunión de mesa y destino de Jesús con los hombres, se extiende desde la vida hasta la muerte.

Gestos y palabras

La Última Cena estaba preparada con los elementos principales que se usaban en una cena judía de Pascua. Lo radicalmente nuevo, la realidad máxima que Jesús inserta, es su existencia personal inherente al pan y al vino para ser alimento y bebida de los participantes. Lo revelador son las palabras y los gestos de Jesús: el hacer y el decir sobre el pan y la copa (tomar, bendecir, partir, dar, decir, incitar a tomar, interpretar, aplicar, mandar repetir). Los aspectos claves son el pan partido y la sangre derramada, símbolo real que contiene su Cuerpo y su Sangre: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo entregado por vosotros (Lc 22,19); tomad y bebed, ésta es mi sangre derramada por vosotros» (Mc 14, 24; Lc 22, 20). Partir y derramar remiten al momento de la cruz, donde su cuerpo es roto y su sangre es derramada. Es otra forma de presentar su muerte como sacrificio y alianza. A la traición de los hombres, Jesús responde con una entrega consciente y decidida. Jesús no es mero receptor pasivo del castigo de unos y otros. San Juan confirma su libertad y conciencia en el gesto final de inclinar su cabeza para morir.

El sentido de la Última Cena

La Iglesia interpreta la intención y la acción de Jesús, de acuerdo a tres motivos del Antiguo Testamento: la sangre de la alianza (Éx 24, 8); la nueva alianza (Jer 31,31) y los cantos del siervo de Yahvé (Is 42, 6; 49, 8; 59, 21; 52, 13-53, 12). En los gestos y las palabras de Jesús descubrimos un acto de alianza y de sacrificio. En la sangre de Jesús asistimos a la conclusión de una alianza. La sangre es el poder de la vida que Dios da al hombre cuando ésta le falta. Nosotros no somos los que expiamos. Es Dios quien expía, destruye y supera el pecado otorgándonos vida divina. En este sentido, pode-

mos decir que la sangre de Cristo es la sangre de la alianza que introduce el poder de Dios en lugar del pecado.

Como nueva alianza cumple las características de las que habla Jeremías 31, 31: establece el acercamiento definitivo de Dios a su pueblo, interioriza la ley en su corazón, perdonando los pecados y otorgándonos la justicia a muchos (Rom 5,15; 5,18) y no sólo a los judíos o a los presentes. En la Última Cena se realiza la síntesis de la vida de Jesús y se anticipa su muerte (recoge su pasado y anticipa su futuro). Su final no es el resultado de mala suerte, sino fruto de la misericordia de Dios Padre que entrega a su Hijo como vida del mundo y fruto de la generosa libertad de Jesús que reacciona con amor frente a la violencia que le infligen.

La eucaristía es el punto final de Jesús (cronología) y finalizador de su existencia (sentido); pero es, al mismo tiempo, el punto inicial (cronología) y sustentador (sentido) de la existencia de la Iglesia. La Eucaristía y la Iglesia se fundan recíprocamente, ya que ambas realidades manan del único cuerpo viviente de Cristo. La eucaristía es la mediación institucional objetiva que une la historia y persona de Jesús con la comunidad nacida de Él.

SIGNIFICADO DE LA MUERTE DE JESÚS

La muerte de Jesús constituye un hecho histórico incuestionable atestiguado por las fuentes cristianas, judías y romanas que coinciden en la muerte en cruz, aunque existan diferencias a la hora de escrutar las causas y responsabilidades de la misma. La muerte de Jesús no se circunscribe a ese momento único, sino que hemos de mirar tanto a su vida como a la experiencia posterior de la Iglesia. El sentido de la vida de Jesús hay que encontrarlo en su vida de entrega al Reino. Así la muerte de Jesús en cruz es el núcleo resistente e irreductible, escandalizador y fascinador del cristianismo. Podemos demostrarla como hecho, pero reconocer en el crucificado al Mesías y confesarle Señor (1Cor 2, 8) no es posible sin interpretación y sin fe.

La muerte de Jesús no fue casual, ni fruto de una previa mala voluntad de los hombres, ni un destino ciego, ni siquiera un designio de Dios, que la quisiera por sí misma, al margen de la condición de los humanos y de su situación bajo el pecado. La muerte de Jesús es un acontecimiento histórico que ha de ser entendido desde dentro de las situaciones, instituciones y personas en medio de las cuales él vivió. Esa muerte no podemos verla desde el resabio antisemita. Tampoco es el resultado de la ingenuidad de Jesús que habría quedado atrapado por los acontecimientos y sentenciado como zelota. La muerte de Jesús de ninguna manera responde a la voluntad suicida de él ni a algo inherente desde el principio a su misión. Jesús afirma, ama y defiende la vida. Su muerte se inserta en el conjunto de libertades y decisiones humanas en largo proceso de gestación, que le permitieron a Jesús vislumbrarla como probable, aceptarla como condición de

fidelidad ante las actitudes que los hombre tomaban frente a él y, finalmente, integrarla como condición indispensable de mensajero del Reino, cuando afirmó que éste estaba ya en el mundo enfrentándose al pecado, la violencia y la muerte.

1. Las fuentes de la muerte de Jesús

Los relatos de la pasión de los sinópticos y de Juan, tienen la misma estructura: prendimiento en el huerto de los olivos; traslado ante el sumo sacerdote (Anás-Caifás); presentación o proceso ante el Sanedrín; presentación o proceso ante el prefecto romano Pondo Pilato; sentencia de crucifixión; acto de la crucifixión; muerte en cruz y sepultura.

Hay una clara voluntad por parte de los evangelistas, al relatar la muerte de Jesús, de identificar a Jesús, saber quién es el que muere, por ello hay una acumulación de títulos a lo largo del proceso y así se explica la pregunta por la mesianidad de Jesús y su respuesta con la mezcla de varios títulos (Hijo de Dios e Hijo del hombre).

2. Marco histórico

Que Jesús de Nazaret fue ejecutado en la cruz es una de las realidades históricas más fidedignas de su vida. La muerte en cruz era lo más denigrante que le podía suceder a uno. La vida, la predicación, el actuar de Jesús acarrear el odio del Sanedrín, el miedo de los sumos sacerdotes, las argucias de los letrados y las conspiraciones de los fariseos y ancianos. Murió víctima del sistema que intentó convulsionar. El aparato político-religioso no aguantó la crítica, la denuncia, la oposición y el riesgo del cambio. Lo asesinó un cúmulo de malentendidos, cobardías, odios, mentiras, intrigas, sobornos, amiguismos, envidias, rivalidades, pero sobre todo el buen funcionamiento de los mecanismos de defensa de la sociedad para mantener la paz en la injusticia. Con toda probabilidad, se llegó a la conclusión de que el Jesús real y el judaísmo real eran alternativos. Si vivía Jesús, perecía el judaísmo; si el judaísmo quería seguir adelante, era necesario liquidar a Jesús.

3. La condena de Jesús

Según los escritos, Jesús murió en nombre de la Ley o del Dios de la Ley. La Ley le juzgó reo de muerte. Y, sin embargo, Jesús muere en nombre del Dios que libera, que destruye la esclavitud opresora de una Ley injusta.

La muerte de Jesús en la cruz recoge el actuar de Jesús, su predicación sobre la inminencia del Reino de Dios, su anuncio de un Dios de amor para todos y no sólo para unos pocos, un Dios que no se circunscribe a ningún lugar determinado. Un Dios que es también para los pobres, los enfermos, los que no cumplen la Ley. Si es verdad que con Jesús llega este nuevo Reino y Él es el Mesías esperado, Caifás y los demás sacerdotes sólo tienen una opción: la conversión, y, por tanto, el cambio del viejo sistema por el que anuncia Jesús. Sin embargo, si

su predicación es falsa, Jesús es un falso profeta y merece la pena que dicta la ley para los falsos profetas: la muerte (Dt 18, 18-20; 13, 6). Por ello el Sanedrín se esfuerza en demostrar que Jesús es un falso profeta. Jesús es juzgado y condenado por blasfemo: Jesús se hace igual a Dios y predica la voluntad de Dios. Caifás le pregunta a Jesús: «¿Eres tú el Mesías, el hijo del Bendito?» (Mc 14, 61). Y Jesús responde: «¡Sí, Yo soy!». En Mateo, Caifás ordena: «Di si eres tú el Mesías, el Hijo de Dios». Y Jesús declara de forma más ambigua y evasiva: «Tú lo has dicho» (Mt 26,63s).

La blasfemia consiste en atribuir a Dios algo que no es verdad. Según el Sanedrín, eso de que Dios ama a todos los hombres por igual, de que está a favor de los pobres, de que el Reino de Dios ha llegado, de que hay que convertirse para participar en el Reino de Dios, es falso. El Sanedrín prefiere condenar a Jesús que aceptar su predicación. No son capaces de convertirse y de abrir su corazón al Dios que se manifiesta en Jesús.

Cuando el Sanedrín lleva a Jesús ante Pilato, lo presenta como el Rey de los judíos, es decir, este hombre dice ser el Mesías. Lo que hacen es presentarlo como rey y que, de esta forma, el poder político se encargue de condenarlo como rebelde o revoltoso social. Pilato le declaró inocente pero le condenó.

Toda la vida de Jesús fue preexistencia, es decir, vivir para los demás, entrega total, amor hasta el extremo. En Jesús, Dios nos mostró quién es: Amor. Sin embargo, lo que parece ser un fracaso en la vida de Jesús, pronto nos descubre que es apariencia nuestra ya que surge una nueva realidad en la que Dios se manifiesta como El-que-es: el DIOS DE LA VIDA.

PARA EL DIÁLOGO

- La muerte de Jesús es consecuencia de una vida de entrega, de servicio, de amor incondicional a Dios y al hombre. ¿Refleja tu vida la vida de Jesús?
- La Última Cena, la Eucaristía refleja el amor hasta el extremo de Jesús. Es fácil decir que se ama, pero no demostrarlo. Es fácil ir a misa y después vivir de una manera desordenada... ¿Cómo vives el encuentro con Cristo en la Eucaristía y cómo se hace realidad en tu vida cotidiana?

IV. LA RESURRECCIÓN DE JESÚS

Con la muerte de Jesús parecía que todo había acabado. Incluso sus discípulos marchan desilusionados a sus hogares y a sus faenas cotidianas. Sin embargo, en medio de tal desazón surge la Vida, el centro del cristianismo. Los discípulos experimentan al Señor resucitado. La frase «Jesús ha resucitado» es el centro de nuestra fe cristiana. San Pa-

blo dice: «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana también es vuestra fe» (1Cor 15, 14).

EL TESTIMONIO DE LA RESURRECCIÓN

¿Cómo nos ha llegado el testimonio de la resurrección de Jesús? En el Nuevo Testamento encontramos cuatro testimonios sobre la resurrección de Jesús:

1. Las Confesiones de fe:

Son fórmulas breves de fe que testimonian la resurrección de Jesús. A través de ellas la primitiva comunidad cristiana expresaba su convicción en la vida de Jesús, en la resurrección de Jesús. Algunas de ellas son 1Cor 15, 3-5; Rom 10, 9; Lc 24, 34; Hch 10,40s; Tim 3, 16.

2. Los Himnos cristológicos:

Los himnos cristológicos resumen lo que significa el misterio de Cristo: su muerte y resurrección. Estos himnos los usaba la primitiva comunidad en las celebraciones eucarísticas. Entre los himnos cristológicos encontramos: Flp 2, 6-11 y Col 1, 15-20.

3. Relatos sobre el sepulcro vacío o la tumba vacía:

Normalmente se ha aceptado la historicidad de los relatos de la tumba vacía. Sin embargo, la admisión del sepulcro vacío no quiere demostrar la resurrección de Jesús, no constituye prueba de fe alguna, aunque sí es un signo. Incluso, los evangelios no hacen un uso apologético (defensa de la resurrección de Jesús) de la tumba vacía. Sólo afirman que ya que el sepulcro está vacío, Jesús ha resucitado. Jesús no revivió, sino que resucitó. Jesús volvió a la vida de Dios, no a esta vida. La tumba vacía es insuficiente e innecesaria.

4. Las Apariciones:

A través de las apariciones, los primeros testigos de la resurrección de Jesús quieren contarnos su experiencia. Nos relatan sus encuentros directos con Jesús resucitado. En nuestro mundo, funcionamos en la dualidad: objetividad/subjetividad. Sólo creo lo que puedo ver y tocar: mi bolígrafo, la ventana, la puerta, objetos que están fuera de mí. Sin embargo, Dios no es un objeto fuera de mí. Decía san Agustín que Dios está más dentro de mí que yo mismo. Ver (visión) a Jesús resucitado entra dentro del ámbito de la fe, igual que su presencia real y presente. Los elementos de las apariciones son: 1. Hay una situación concreta: están los apóstoles o la mujeres; 2. Jesús sale al encuentro de ellos por sorpresa; 3. Jesús les saluda; 4. Hay reconocimiento de Jesús aunque, a veces, es dudoso, y 5. Reciben una misión (cf. Mt 28, 8-10).

Normalmente, los discípulos no reconocen a Jesús resucitado en un primer momento. Ello nos está diciendo que Jesús resucitado no es reconocible

como un simple objeto que tenemos delante de los ojos. Es necesaria la fe como el lugar privilegiado de reconocimiento de Jesús resucitado. Podremos reconocer a Jesús en el que está a nuestro lado, en la Eucaristía, en nuestra propia vida, si nos abrimos a la fe y miramos desde la fe.

CONTENIDO DE LA RESURRECCIÓN

Toda la persona y acción de Jesús hemos de verla en referencia a Dios Padre, quien actúa en Jesús obrando signos y prodigios, que cumple su voluntad entregándose a la muerte y que, finalmente, lo acredita y justifica ante los hombres por la resurrección. Es Dios Padre quien actúa en Jesús para la salvación de los hombres. En la resurrección de Jesús, Dios Padre se manifiesta como el que es: Dios de vivos y no de muertos (Mc 12, 27). Toda la creación se orienta hacia la vida, a pesar de que el hombre se empeña en caminar hacia la muerte.

Hay unos elementos que nos pueden ayudar a entender la Resurrección de Jesús y su contenido:

1. La fidelidad de Dios Padre:

Jesús es fiel a Dios Padre y desde esa fidelidad diaria la voluntad del Padre entrega su vida: «Nadie me quita la vida; soy yo el que la da» (Jn 10, 17-18). Pero la fidelidad de Jesús no se queda frustrada; es respondida con la fidelidad del Padre: «Dios resucitó a Jesús de entre los muertos» (Hch 3, 15). Ésta es la respuesta a la fidelidad de Jesús, la fidelidad de Dios Padre.

2. Jesús sigue vivo:

Jesús ha resucitado es el grito de la Pascua. Es el grito de la fe del hombre en Dios. Jesús sigue vivo, no como un líder político o religioso, sino que Él vive para no morir jamás, pues vive en Dios

3. La resurrección de Jesús confirma su vida:

Todo lo que Jesús había dicho y hecho se cumplió en su Resurrección. La Resurrección de Jesús manifiesta el rostro auténtico de Dios Padre: amor, misericordia, justicia, paz. Jesús revela el auténtico rostro de Dios que los hombres habían ocultado: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 9). Las relaciones con Dios y los hombres han de ser aquellas que Jesús mostró durante su vida.

4. Nuestro camino es el camino de Jesús:

Todo hombre, especialmente cuando uno es joven, busca el sentido de la vida. Aquello o aquel (una persona) que dé sentido y oriente la propia vida. Jesús resucitado es el sentido a nuestra vida. Él ha mostrado cómo vivir, cómo ser, cómo caminar y por dónde hacerlo: «Yo soy el Camino y la Verdad y la Vida» (Jn 14, 6). Caminar por Jesús es llegar a la Vida de Dios y al encuentro con Dios.

5. El nacimiento de la Iglesia:

La resurrección de Jesús fue el comienzo de la fe en Cristo. Los discípulos, que tras su muerte, habían marchado desilusionados a sus casas y trabajos, con las apariciones de Jesús vuelven a reunirse de nuevo. Es el inicio de la Iglesia de Jesucristo. El Señor resucitado reúne a los discípulos. Estos confiesan que Jesús vive y orientan su vivir desde el Señor de la Vida.

PARA EL DIÁLOGO

- ¿En qué aspectos de tu vida tienes que resucitar?
- Los discípulos de Emaús reconocen a Jesús resucitado en el partir el pan: «Tomó pan, pronunció la bendición y lo partió». ¿Dónde buscas tú al Señor resucitado, a Jesucristo en tu camino?